

Evangelio del domingo: el poema del amor divino

Comentario al Evangelio del 4.º domingo del tiempo ordinario (ciclo A). “Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados”. Unidos a Cristo, adquirimos la fuerza para transformar el sufrimiento en amor redentor.

Evangelio (Mt 5, 1-12)

Al ver Jesús a las multitudes, subió al monte; se sentó y se le acercaron sus discípulos; y abriendo su boca les enseñaba diciendo:

—Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos.

»Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.

»Bienaventurados los mansos, porque heredarán la tierra.

»Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque quedarán saciados.

»Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.

»Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios.

»Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios.

»Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque suyo es el Reino de los Cielos.

»Bienaventurados cuando os injurien, os persigan y, mintiendo, digan contra vosotros todo tipo de maldad por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo: de la misma manera persiguieron a los profetas de antes de vosotros.

Comentario

El Evangelio de este domingo recoge uno de los pasajes más sorprendentes y nucleares de la predicación de Jesús: las bienaventuranzas, que son con su lenguaje paradójico una enseñanza sobre la verdadera felicidad que todos los hombres buscan. San Josemaría las definía como “un poema del amor divino”^[1]. De hecho, como explica el Papa Francisco, “las bienaventuranzas son el retrato de

Jesús, su forma de vida; y son el camino de la verdadera felicidad, que también nosotros podemos recorrer con la gracia que nos da Jesús”^[2]. Mateo nos muestra al Maestro en el monte, predicando con autoridad y majestad. Mezclados entre la muchedumbre, hoy podemos sentir como dirigidas a nosotros sus palabras.

“Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados”. Cuando un cristiano procura imitar al Maestro, “experimenta la íntima relación entre Cruz y Resurrección”^[3], como explicaba Benedicto XVI. Unidos a Cristo, adquirimos la fuerza para transformar el sufrimiento en amor redentor. Tenemos entonces la misma alegría que vivió el Señor en su Pasión, porque con ella nos alcanzaba el don del Espíritu Santo y nos abría las puertas del Cielo. Con esta esperanza y consuelo, el

cristiano es consuelo para los demás; “puede atreverse a compartir el sufrimiento ajeno y deja de huir de las situaciones dolorosas”, nos dice el Papa Francisco^[4].

“Bienaventurados los pobres de espíritu”. En la vida de un cristiano la pobreza no es opcional: sin ella no se es discípulo ni tampoco dichoso. Todos hemos de vivirla como el Maestro. Y para encarnar la pobreza en medio del mundo, san Josemaría recomendaba: “te aconsejo que contigo seas parco, y muy generoso con los demás; evita los gastos superfluos por lujo, por veleidad, por vanidad, por comodidad...; no te crees necesidades”^[5]. Frente a un clima general de consumismo, es necesario revisar con frecuencia si estamos desprendidos de las cosas que usamos; si vivimos ligeros de equipaje para seguir de cerca a Jesús y empezar a poseer “el Reino de Dios”. Si vivimos la pobreza

sabremos cuidar también con generosidad de los demás y en especial de los pobres y los que pasan necesidad, a los que nunca veremos con indiferencia.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”. En la opulencia de los ricos y saciados no hay sitio para Dios y los demás. En cambio, quienes viven con sobriedad y templanza empiezan a “ser saciados” por Dios. Se trata de disfrutar de los bienes terrenos con agradecimiento, pero de forma que nos lleven a desear los bienes espirituales. Esta bienaventuranza nos invita también a trabajar con confianza en la providencia: mientras procuramos ganar con rectitud el sustento necesario, mantenemos la serenidad ante las posibles estrecheces, porque Dios nunca abandona a sus hijos.

Por último, “Bienaventurados cuando os injurien, os persigan y, mintiendo, digan contra vosotros todo tipo de maldad por mi causa”. Nuestra coherencia de cristianos corrientes puede chocar o molestar a otros. Pero hemos de ser valientes para reflejar con nuestra conducta recta el Rostro amable de Jesús que todas las personas buscan. En esto podemos seguir el consejo que daba san Pedro a los primeros cristianos: “si tuvierais que padecer por causa de la justicia, bienaventurados vosotros: No temáis ante sus intimidaciones, ni os inquietéis, sino glorificad a Cristo Señor en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza; pero con mansedumbre y respeto, y teniendo limpia la conciencia, para que quienes calumnian vuestra buena conducta en Cristo, queden confundidos en aquello que os critican” (1Pedro 3,14-18). En

resumen, y en contra de lo que pueda parecer, nuestra dicha no radica en la posesión ilimitada de bienes. Tampoco en conseguir a toda costa la aprobación ajena. La felicidad está más bien en la identificación con Cristo.

[1] San Josemaría, Apuntes de una meditación, 25-XII-1972, (AGP, P09, p. 186), cita publicada en E. Burkhart y J. López, Vida cotidiana y santidad. 3: En la enseñanza de San Josemaría, Rialp, Madrid 2013. 125.

[2] Papa Francisco, Audiencia 6 agosto 2014.

[3] Benedicto XVI, Jesús Nazaret, 100.

[4] Papa Francisco, Gaudete et exultate, 76

[5] San Josemaría, Amigos de Dios,
123.

Pablo M. Edo / Unsplash:
Andres Valdes

pdf | Documento generado
automáticamente desde [https://
dev.opusdei.org/es-ec/gospel/evangelio-
cuarto-domingo-tiempo-ordinario-ciclo-
a/](https://dev.opusdei.org/es-ec/gospel/evangelio-cuarto-domingo-tiempo-ordinario-ciclo-a/) (08/08/2025)